

A Martí Gisbert se le echó encima la tormenta de nieve. Todo alrededor se volvió borroso y solo la intuición le sirvió para reordenar su descenso a Esterri d'Àneu. Mientras las crestas de los colosos pirenaicos se iban cubriendo de un manto blanquecino, él se abría camino bajando la cuesta del Sequer. Entre paso y paso, Martí pensaba en el trabajo que había dejado a medias en la cima del pico de Escobedo. Biel, su compañero en el cuerpo de agentes rurales, había descubierto excrementos de lobo por esa zona. No había indicios para pensar que fuera una manada. De ser así, pronto tendrían a los ganaderos del valle jadeando en sus nuca.

A medida que se acercaba a la cueva, el torbellino de masa blanca ganaba intensidad y volteaba los copos de nieve en todas direcciones. Mirara donde mirara, tenía la impresión de estar bajo una lluvia de harina. La ventisca, helada y afilada como un bisturí, se le acumulaba en la nariz, la única parte del cuerpo que tenía descubierta. Pese a la tracción agresiva de sus botas, la nieve y la poca visibilidad le hicieron perder el equilibrio en más de una ocasión. Andaba a trompicones, agarrándose a pedruscos, matorrales, lo que fuera, con la mirada puesta en los postes eléctricos. Sabía que llevaban al pueblo.

Una sensación de alivio le aligeró el pecho al llegar a la cueva y a las casetas de piedra abandonadas. Allí empezaba la canalización de la central hidroeléctrica y la pista forestal que llevaba a Esterri. Sorteó los raíles oxidados que

seguían allí desde la construcción de los túneles y comenzó el descenso con zancadas firmes.

Esta parte del trayecto la hizo con rapidez. A intervalos levantaba la cabeza para mirar hacia abajo, donde estaba el pueblo. Pero apenas veía nada. Solo infinidad de papelitos blancos dando tumbos alrededor.

Cuando empezó a dibujarse la silueta del almacén de cemento y cristal de la hidroeléctrica, vio algo extraño. Una mancha arrastrándose.

Martí buscó un punto de apoyo sólido y se detuvo para fijar la mirada en aquella figura. Las ráfagas de nieve deformaban el paisaje, pero la persistencia de su mirada logró dar una forma definitiva a la mancha oscura.

Era una persona.

Una mujer.

Una mujer anciana.

La vio andar con dificultad hasta que cayó bocabajo sobre la nieve. Parecía que para siempre.

Su instinto, tal vez algo más primitivo, imprimió fuerza y velocidad a sus pasos. A escasos metros de la mujer observó que llevaba puesta una camisa, unos pantalones de franela y unas zapatillas deportivas gastadas.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le gritó Martí cerca del oído.

Viendo que no reaccionaba, la cogió en brazos para apartarla del suelo helado. Al hacerlo, le pareció haber levantado un pajarito. Dio un vistazo alrededor esperando ver a alguien, encontrar un abrigo, un paraguas, un gato. Solo vio una pala sobre la que se amontonaba nieve.

La mujer lo miró con los labios temblando y se ovilló en el hueco que dejaban sus brazos. Tenía el rostro de un violáceo preocupante. Quiso hablar, pero de su boca solo salió un vaho helado que la ventisca hizo desaparecer. Se agarraba al cuello de Martí con fuerza, mientras este andaba escorado hacia el pueblo.

Cuando llevaba unos metros cargando con ella, Martí sintió que las apariencias le habían engañado. Más que un pajarito le pareció cargar con un manojo de leña. Era todo huesos.

“Tener una madre incapaz de combatir la nostalgia tiene sus ventajas,” pensó Zoe Natan al dar una vuelta entera a la llave y empujar la puerta. Entró en el salón e hinchó los pulmones. Se le llenaron de humedad, aromas de serrín y recuerdos. “Los exilios voluntarios permiten conquistarlo todo,” seguía pensando Zoe mientras observaba el montoncito de cenizas en la chimenea. “Aunque sea una conquista impulsada por la nostalgia del lugar que has dejado”.

El aspecto rústico y acogedor que desprendía la cabaña desde fuera se confirmaba en el interior. Las gruesas vigas de madera y la chimenea de piedra convertían aquel espacio en un lugar perfecto para reordenarse por dentro.

Entró en la única habitación y dejó la maleta sobre la cama. Allí seguía el espejo de siempre. Lo recordaba con una prodigiosa exactitud, con sus ribetes plateados en cada esquina y una rosa esculpida coronando la parte más alta. Cuando falleció su padre, su madre utilizó aquel espejo para explicarle la teoría de Lacan.

—Hay niñas que no tienen infancia —le decía su madre con la mirada puesta en el espejo—. A otras les dura toda la vida. Las más afortunadas saben cuándo termina y lo aceptan agradecidas. Pero a ti te ha tocado algo diferente.

Nunca estuvo segura de entender qué quería decirle su madre. Y nunca tuvo el coraje de preguntárselo para no decepcionarla.

Por las venas de Zoe corría sangre urbanita y ya desde muy pequeña buscaba cualquier excusa para evitar ir a Es-

terri d'Àneu. El olor a musgo, la humedad, el silencio, pero sobre todo esas largas caminatas por senderos arcillosos, se le atragantaban. “¿Por qué hemos de caminar si no vamos a ninguna parte?” Su madre sonreía sin responderle. “Somos víctimas de las circunstancias,” le dijo en una ocasión su hermano Marc para que entendiera por qué su madre insistía en andar por la montaña. “Vale”, le respondía ella, “pero estas no tienen por qué agotarnos tanto.” Ahora, a sus treinta y tres años, Zoe esperaba poder enderezar algunos rastros confusos de su pasado.

Del interior de la maleta sacó sus viejos zapatos de suela de crepé y se los puso. Volvió al salón y sintió el latigazo del frío. Puso leña en la chimenea y usó una hoja de periódico como mecha. El papel prendió fácilmente, pero la leña estaba demasiado húmeda. Apiló una pirámide de ramitas que encontró en una cesta de mimbre al lado de la chimenea y volvió a intentarlo. El resultado fue el mismo, así que buscó pastillas de encendido en la cesta, en los cajones, en la cocina. Al cabo de unos minutos se convenció de que no hacía tanto frío y desistió.

Para olvidar el fiasco del fuego se metió en la habitación y terminó de poner la ropa de la maleta en el armario. Barrió el suelo y pasó un trapo empapado en lejía por el baño. En la cocina activó el contador de la luz y la nevera arrancó con un ronroneo que, inicialmente, le hizo pensar en lo peor. Cuando la abrió, se sorprendió al encontrarla limpia y con un ligero aroma a limón. Y vacía. Aquello solo se solucionaba de una manera, así que cogió un par de bolsas de tela, se abrigó y salió de la cabaña.

Al pueblo se llegaba por un camino asfaltado de no más de doscientos metros. La nieve monopolizaba la acera así que tuvo que ir por la calzada. Era un camino poco transitado y llegó a la calle mayor sin encontrarse con ningún coche.

Las casitas de piedra y pizarra del centro le daban un aspecto pintoresco a Esterri d'Àneu. La calle peatonal principal estaba en silencio a pesar de haber gente que la cruzaba en todas direcciones. La brigada municipal se había

encargado de rociar las calles con sal de roca y amontonar la nieve en las cunetas, dejando los cordones de las aceras de nuevo visibles.

A través de los dedos, Zoe sintió hielo filtrarse por todo su cuerpo. El frío aguijoneaba. Se había traído la bufanda y la boina de las Shetland, pero necesitaba calor. Pasó por enfrente del bar Els Cremalls y entró.

—Un cortado muy, muy caliente —le pidió al camarero.

Era un chico joven y mal afeitado, de mirada dura. No abrió la boca en ningún momento. “Me gusta este sitio”, pensó Zoe al ver cómo el camarero y su silencio le dejaban un cortado humeante en la barra.

El fondo del local estaba decorado con un empapelado que simulaba una biblioteca llena de libros. Al volver la vista a su cortado, se fijó en el cliente que tenía al lado. Era un hombre desvencijado y mal vestido, de edad imprecisa y con rastros de excesos en el rostro. A los pies del taburete yacía inmóvil un perro de agua, de raza descatalogada y apariencia similar a la de su amo. Ambos parecían sonreír, aunque no se miraban. “Seguro que es uno de esos hombres que ama más a su perro que a las personas. Y no le faltarían razones”. El resto de clientes eran igual de silenciosos aunque, a diferencia del vagabundo, no parecían formar parte del mobiliario. En una esquina había un anciano rodeado de libros, pero estos sí eran de verdad. Estaba absorto en la lectura de un volumen de tapa dura que anunciaba réplicas a todo color de los mejores anuncios de Chéret. El hombre se sujetaba las gafas como si las orejas no le sirvieran.

—Cagon l'hòstia! Quin fred fot!

Lo dijo un hombre que había entrado en el bar como una estampida. Tenía un corpachón abultado y apenas cabía en el mono grasiento que parecía más una coraza que un traje de faena. Le seguía un quinceañero cabizbajo, uno de esos chicos que luchan por esconderse donde sea. Se quedaron en la barra, cerca de la entrada.

El camarero les sirvió café y el hombre del mono lleno de lamparones se puso a pontificar hacia los cuatro puntos cardinales:

—Ayer tormentón de nieve y hoy un sol de la hostia. ¿Tú lo entiendes?

Pasaron unos segundos hasta que Zoe se percató de que se lo preguntaba a ella.

—Yo no entiendo nada —respondió sin ganas.

—Nadie lo entiende —aseguró él como si esa verdad fuera la única posible.

Al meterse el hombre la mano en el bolsillo, el vagabundo dijo:

—Dos cincuenta —tenía la voz de un caramillo maltratado.

El hombre ni le miró y dejó esa cantidad sobre la barra. Después salió del bar con pasos agigantados seguido del chaval invisible.

Aprovechando que la puerta estaba abierta, entró Martí Gisbert uniformado con el traje de agente rural. Aunque no le pidió nada al camarero, en menos de un minuto tenía un tazón humeante en las manos. Se había sentado al lado del vagabundo y se hablaban con bisbiseos.

Zoe había tenido más que suficiente y buscó la mirada del camarero.

—Uno setenta.

Volvió a ser el hombre deslavazado quien dio el precio. Zoe se lo quedó mirando sorprendida. El camarero parecía haberlo aceptado desde hacía años. Pagó y salió del bar convencida de que volvería, ni que fuera para ver si ese perro estaba vivo o disecado.

Las calles seguían congeladas. Como si la hubieran estado espiondo, su móvil sonó nada más pisar la acera. Les había dicho a Hugo, a Jordi y al resto de compañeros que no la llamaran en unas semanas. Solo en caso de extrema urgencia. Pero Hugo era Hugo.

—Ahora sí que es definitivo: no puedes vivir sin mí.

—¿Y tenías que irte a las montañas para averiguarlo?

—Hugo y sus comentarios tan terrenales.

—Ya sabes eso que dicen de que los tesoros hay que esconderlos en lugares impredecibles.

Hugo se quedó mudo unos segundos y retomó la conversación.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana.

—Vamos, que todavía te falta gente por conocer.

—Ya he empezado.

—¿Y?

—Ha sido como ir a un museo.

Hugo dejó escapar una risita antes de continuar.

—Tampoco te habrás pasado por la comisaría, ¿no?

—Si he venido a Esterri d'Àneu es precisamente porque aquí no hay.

—Me refiero a la comisaría de Sort.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—No hace ni un mes que nos dejaste. ¿No lo echas de menos?

—¿Por qué tendría que añorarlo?

Escuchó a Hugo coger aire al otro lado del teléfono.

—Tienen un pequeño problema. Bueno, más que un problema, es una situación algo extraña.

Hugo esperó, invitando a que Zoe diera una muestra de interés. Nada. Así que siguió.

—Ayer encontraron a una anciana en medio de una tormenta de nieve.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—Iba con ropa de ir por casa y sin abrigo.

—Debería de estar buscando a uno de sus gatos —el sarcasmo de Zoe hizo que Hugo cambiara a un tono más coloquial.

—Entró en coma generado por la hipotermia y la llevaron al hospital de Tresp donde pudieron estabilizarla. Ahora está en observación. El problema es que nadie sabe quién es.

Zoe carraspeó después de deslizar unos segundos sin decir nada.

—Espero que se recupere.

La línea tintineó un par de veces con un ruido metálico y agudo.

—Espero que los osos encuentren tu compañía más agradable que los humanos.

Y colgó.

Zoe se sorprendió con el gesto de Hugo. No era su estilo. Sin darle más importancia, echó a andar y se metió en un colmado para comprar comida.

De vuelta a la cabaña y con las bolsas llenas, se cruzó con un coche de los Mossos d'Esquadra. Inevitablemente pensó que todo estaba premeditado, que el *show* de Truman tenía tentáculos más allá de Hollywood. No les hizo caso y continuó andando.

A medio camino, cayó en la cuenta de que no había comprado las pastillas de encendido. Volvió sobre sus pasos y, en la puerta del colmado, se cruzó con los dos policías del coche. Uno de ellos llevaba un bigotillo ridículo, al estilo de las estrellas de cine de los años veinte. Intentó evitarles, pero esa fuerza... La fuerza que obliga a hacer cosas indeseables y que acaba por determinar nuestros destinos. Fue esa fuerza la que dirigió su cuerpo a los agentes, la que dejó caer las bolsas repletas de fruta y verdura en el suelo, suavemente, para que no las venciera la gravedad, la que hizo que los dos agentes se fijaran en ella y le sonrieran. La misma fuerza que, al fin y al cabo, la había llevado al exilio voluntario.

—Hola —saludó el del bigotillo.

—¿De la comisaría de Sort, supongo?

—Así es —respondió el otro que parecía más formal. Zoe se fijó en sus galones de cabo—. ¿A disfrutar de la nieve?

—Soy Zoe Natan...

Iba a continuar, pero las miradas de los dos agentes se agrandaron como bolas de billar. Dejó pasar unos segundos antes de continuar, pero no la dejaron.

—¿Zoe Natan? —dijo entusiasmado el agente del bigotillo—. ¿La del caso de la prisión de Lleida?

—Un compañero me ha explicado que habéis encontrado a una anciana.

—Así es.

—¿La habéis identificado?

Los dos policías negaron con la cabeza.

—Por eso estamos aquí —aclaró el cabo—. La encontró un agente rural del pueblo y dijo no saber quién era. Aquí todo el mundo se conoce, ni que sea de vista.

Antes de que acabara la frase, ya había sacado su móvil para mostrarle una fotografía de la mujer. Salía con los ojos cerrados sobre una cama de hospital. A primera vista parecía hepática, por el color amarillento de su piel.

—Seguiremos preguntando a los vecinos.

—Allí —Zoe apuntó al bar Els Cremalls—, hay gente que parece saberlo todo.

—Sí, claro —afirmó el cabo—. En los bares siempre se enteran de cosas.

—¿No te gustaría echarnos una mano? —preguntó el policía del bigotillo.

Era evidente que al cabo no le había sentado bien la propuesta, aunque intentó disimularlo con una sonrisa tibia.

—Yo he venido aquí para... —otra vez demasiado honesta—. Para reordenar cosas.

—Ya —dejó entender aliviado el cabo.

Con un gesto rápido, el agente del bigotillo se sacó un papel de la pechera.

—Por si cambias de opinión.

No era un papel, sino una tarjeta con su nombre y datos de contacto. Zoe dudó, pero la cogió y la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Él sonrió, picarón. Zoe encontró que era el momento de recoger las bolsas y despedirse.

Al llegar a la cabaña puso los plátanos, los kiwis y las manzanas en una cestita. Las verduras y la comida fresca en la nevera. Los cereales, el café, las galletas y el resto lo dejó en las estanterías. Al guardar las bolsas se cruzó con la chimenea y maldijo su memoria. Se había olvidado otra vez las pastillas de encendido. Miró el intento fallido de ramitas chamuscadas y sacó la tarjeta que le había dado el policía. “Al final será que le encontraré una utilidad”.

Encendió una cerilla y la acercó a la tarjeta para que le sirviera de lumbre. A escasos centímetros del fuego, Zoe miró el nombre que figuraba en el dorso de la tarjeta. Ricard Lozano. Una esquina de la tarjeta empezó a arder, pero no dejó que quemara más y sacudió el brazo con energía hasta que se apagó. Por mucho que quisiera evitar estar cerca de quienes fueran sus compañeros de trabajo, sentía que estaba haciendo algo incorrecto. Sin apenas reflexionarlo, cogió su móvil, marcó el número de la tarjeta y organizó una cita con el agente para tomar algo esa misma tarde. Sería una excusa perfecta para salir a comprar las pastillas de encendido. Se estaba helando.

© del texto: David Casals-Roma, 2025

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2025

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: noviembre de 2025

ISBN: 978-84-19884-95-4

DL: L 802-2025

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.